

Jesús bendigan nuestros trabajos, y los hagan útiles á nuestros próximos, implorando su auxilio: digamos algo de la oracion vocal.

Todo el mundo sabe que esta es la que hacemos pronunciando algunas palabras en honor de Dios ó de sus Santos; pero nos engañamos creyendo que en esto solo consiste la oracion vocal. Esta sin ser pronunciada con atencion, de nada sirve. Bastante comun es el ejemplo que se nos pone en el *Padre nuestro* cuando maquinalmente decimos: *Perdonanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*: si no perdonamos en efecto á los que nos han agraviado, ¿cómo podremos decir verdad rezando aquella oracion? Al contrario, con los labios estamos dictando la sentencia contra nosotros mismos. Para que la oracion vocal sea provechosa, es necesario que vaya acorde con el corazón. Así es que en la oracion vocal se requiere cierta especie de mental, es decir, que reflexionemos en lo que decimos, y lo digamos con toda verdad. ¿De qué puede aprovechar que recién el acto de contricion, en que protestemos á Dios el arrepentimiento de nuestros pecados y el propósito de la enmienda, cuando en nada ménos pensamos que en eso? Sirvanos de regla que en la oracion mental puede incluirse la vocal, y que en esta ha de haber algo de aquella. De modo que en la primera el corazón mueve á la lengua, y en la segunda la lengua va dirigiendo al corazón. Debemos por tanto, poner mucha atencion á lo que rezamos; mas sin mortificarnos y hacer esfuerzos para no perder ni una palabra. Hemos de saber que es un don muy singular de Dios concedido á pocos Santos, el no padecer distraccion alguna en la oracion mental y vocal. Así que, no nos fatiguemos; ántes de comenzar, hagamos intencion de no distraernos, y despues de comenzada, siempre que nos distraigamos, volvamos á llamar nuestra atencion. Esta batalla es muy del agrado de Dios: lo que hemos de evitar es la distraccion voluntaria. Hay muchos que para que no se les haga pesado oír misa ó rezar el rosario, dedican este tiempo á pensar en alguna cosa divertida, de suerte que solo con el cuerpo están en la iglesia y con los labios rezan; pero el corazón y el entendimiento están muy distantes de la oracion. Repetimos que esta en esos términos no puede ser agradable á Dios. No malogremos tantas y tan buenas oraciones como tiene y nos enseña la Iglesia Santa, principalmente la del *Padre nuestro*, dictado por el mismo Jesucristo, la del Ave María, la Salve, las Letanías de los Santos, los Salmos penitenciales, el Oficio de nuestra Señora, su Letanía, el

Oficio de difuntos y otras. Tratarémos de las principales en las lecciones siguientes; pero bajo la advertencia que hemos hecho de rezarlas con la debida atencion.

—————▶▶▶▶▶◀◀◀◀—————

DÍA VEINTE.

San Agapito, papa y confesor.

AGAPITO fué originario de Roma, en cuyo clero se alistó, y sirvió de exorcista, acólito, subdiácono, diácono y presbítero en las Iglesias de San Juan y San Pablo, llegando á ser arcediano en el año de 535. En este tiempo murió el papa Juan II; y habiendo sido electo Agapito para la dignidad pontificia el 26 de Abril, se consagró en 4 de Mayo. Cuando ocupó la silla de Roma habian quedado en aquella ciudad y en otras partes de la Italia algunos vestigios del cisma de Dioscoro, levantado en tiempo de Bonifacio II por los años de 529; pero la prudencia, la discrecion y dulzura del nuevo pontífice, acabó de apagar la pequeña chispa, y todos los cristianos reconocieron su autoridad como legítima. Luego que el emperador Justiniano tuvo noticia de su eleccion, le mandó una protesta de la fé católica, que Agapito la consideró como ortodoxa; y como en ella se queja el emperador de los monges acémetas de Constantinopla, el pontífice los condenó como inficionados en la heregia de Nestorio.

Dos años ántes de la eleccion de Agapito, es decir, el de 533, se habia apoderado Justiniano por medio del general Belisario, de Cartago y de muchas provincias de la Africa, restituyendo de esta manera á la silla apostólica todos los obispados de aquellos lugares que estaban separados por la heregia arriana; y cuando Agapito subió al pontificado, el mismo emperador y muchos prelados de Africa le escribieron para que no despojara de las sillas episcopales á los obispos arrianos que habian adjurado la heregia y se habian reconciliado con la Iglesia; pero el zeloso pastor contestó que no podia acceder á esta solicitud, porque habia muchos cánones expresos para que los obispos arrianos quedaran depuestos de su dignidad, y solamente los admitiria en el gremio de la Iglesia sin que pudieran pertenecer al clero, ni pretender otra dignidad eclesiástica. De esta manera se desembarazó de una solicitud que no dejaba de comprometer.

lo porque se interesaba en su buen despacho el mismo emperador. Pero la conservacion del lustro de la iglesia católica prefería á cualesquiera consideraciones mundanas.

Teodato, rey de los godos en Italia, tuvo noticia de que el emperador Justiniano se preparaba para combatirlo, y comprometió á Agapito para que pasara á Constantinopla donde se hallaba aquel monarca, y lo disuadiera del intento. Esta manifestacion de Teodato unido á varias cartas que habian escrito á nuestro Santo los abades de los monasterios africanos, manifestándole los desórdenes que se notaban en aquellas Iglesias, obligaron á Agapito á emprender su viage á Constantinopla. En efecto encontró que Anthimo, obispo de Trebisonda que se suponía católico, habia sido puesto de patriarca por los esfuerzos de la emperatriz Teodora. La promocion de este reaninó el partido de los Acéfalos, que como aquel, se habian resistido á obedecer el concilio Calcedonense. Severo, falso patriarca de Antioquia, y otros muchos de sus secuaces, se habian reunido en Constantinopla, y ya habian diseminado el error por toda aquella Iglesia.

Este era el estado de la disciplina en Constantinopla, cuando llegó Agapito el 2 de Febrero de 536. El emperador lo recibió muy bien y lo trató con mucho respeto; pero no pudo ya conseguir que suspendiera las hostilidades contra Teodato, porque ya estaban muy adelantados los preparativos de guerra, y se limitó á contener los desórdenes de los Acéfalos. Previno á Anthimo que no sería recibido en la comunión de los fieles si no reconocía públicamente el concilio Calcedonense y se apartaba de la silla de Constantinopla. Se opuso al mandato este prelado, interesando á la emperatriz Teodora para que disuadiera á nuestro Santo; pero ni las cavilidades de esta, ni las súplicas, ni aun amenazas del emperador que tomó parte en este asunto, hicieron variar la resolucion, y Anthimo tuvo que volver á Trebisonda por no verse obligado á reconocer el concilio Calcedonense. Viendo el papa su contumacia en el reconocimiento de este sínodo, lo excomulgó, y con esta providencia se atrajo la enemistad de la emperatriz y todo el encono del partido de los Acéfalos. Sin embargo de la oposicion fuerte de Teodora y de los demas enemigos, puso de patriarca en Constantinopla á Mennas, sugeto de virtud recomendable y que siempre se habia manifestado muy zeloso por la prosperidad de la Iglesia.

Las repetidas quejas que los católicos de Oriente dirigian á la si-

lla apostólica por la mala conducta que observaban Severo y otros obispos, propalando doctrinas heréticas, movieron á Agapito á convocar un concilio para refutarlas; pero ántes que esto se verificara le vino la muerte, estando aun en Constantinopla, el 17 de Abril del año de 536, á los once meses y dias de su pontificado. Fué trasladado su cadáver á Roma, donde se sepultó en la Iglesia de San Pedro en el Vaticano el 20 de Setiembre del mismo año. En la Iglesia de Occidente se ha señalado este dia para solemnizar su memoria; pero los griegos lo celebran en el dia de su muerte.

La Epístola es de los capítulos XLIV y XLV del libro de la Sabiduría (Eclesiástico).

El Señor echó su bendicion sobre la cabeza del justo: por eso le entregó la tierra hereditaria y la repartió entre las doce tribus. Y halló gracia en los ojos de toda carne. Hizolo grande y terrible á sus enemigos, y con sus palabras hizo cesar sus horrendas plagas. Glorificólo en presencia de los reyes; dióle preceptos que intimasen á su pueblo y le mostró su gloria. Santificólo en su fe y en su mansedumbre, y lo eligió de entre toda carne. Y públicamente le dió sus preceptos y ley de vida y de ciencia, y lo ensalzó. Hizo con él un eterno concierto, y lo ciñó con el cinto de la justicia, y lo adornó el Señor con corona de gloria.

El Evangelio es del capítulo V de San Lucas.

En aquel tiempo: Vió Jesus un publicano llamado Levi, sentado al banco de los tributos, y díjole: Sigüeme. Y Levi, abandonándolo todo, se levantó y lo siguió. Díóle Levi despues un gran banquete en su casa, al cual asistió un grandísimo número de publicanos y de otros que los acompañaban á la mesa. De lo cual murmuraban los fariseos y los escribas de los judíos, diciendo á los discipulos de Jesus: ¿Cómo es que comeis y bebéis con los publicanos y con gente de mala vida? Pero Jesus tomando la palabra, les dijo: Los sanos no necesitan de médico, sino los enfermos. No son los justos, sino los pecadores á los que he venido yo á llamar á penitencia.

MEDITACION.

Sobre el amor que Dios tiene á los pecadores.

Considera que no es cosa indigna de Dios el amar á sus criaturas. Todo artífice ama su obra porque es como una emanacion de su ser y como una parte de sí mismo, segun se espresa Santo Tomas. Dios no necesita de las criaturas, pero ellas sí necesitan de Dios; por eso las ama como la nodriza ama á su hijo, no con un amor de indignencia, sino con amor de abundancia; no para ser mas feliz, sino para comunicarles su felicidad. Si, pues, Dios ama á sus criaturas aun irracionales é insensibles, mucho mas amará al hombre que es la obra mas excelente de su sabiduría, el tesoro de su bondad y el fin de todas sus demas obras. Amándose á sí mismo, ha de amar al hombre que es su imágen y como una parte de sí mismo, particularmente despues que el mismo Dios se ha hecho Hombre; porque en virtud de esta union no solo es imágen de Dios, sino que tiene al mismo Dios humanado por hermano. Si, pues, un artífice debe amar su obra, de la que no tiene necesidad, ¿cómo podrá esta obra escusarse de amar á su Autor, de quien ha recibido su existencia y su perfeccion, y sin el cual no puede subsistir? ¡Ah! ella debe aprender de su Autor á amarse dignamente, ya que se ve amada de él con un amor del todo desinteresado.

Considera que no solamente ama Dios á los hombres, mas tambien á los pecadores; no como á pecadores, sino como miserables; porque la misericordia es tan propia de Dios, que seria negar á Dios el negar que es misericordioso. Toda potencia ama á su objeto, y como la miseria es el objeto de la misericordia, siendo Dios infinitamente misericordioso, no puede en cierto modo dejar de compadecerse de los pecadores, que son los mas miserables de todos los hombres. Bien ha manifestado el Señor este su amor á los pecadores, pues que murió por ellos. ¿O y qué gran consuelo para el infeliz pecador saber que el Dios de la santidad le ama, y que amándole lo santificará! ¿Por qué tú, ó pecador, desconfías de la misericordia de Dios? ¿Por qué huyes de un Dios que te ama tan tiernamente, que ha sacrificado por tu salvacion la vida de su Hijo unigénito; de un Dios que te busca, te espera y aguarda con los brazos abiertos? Has pecado, es verdad, y Dios no se puede asociar con tu pecado; pero sí puede purificarte de él. ¡Ah! llega con confianza, hu-

millate en su presencia, pídele perdon de tus culpas, que él te las borrará.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Dios mio, y Padre mio: yo no os he conocido hasta ahora: tenia gran temor á vuestra justicia; mas no habia conocido bien la grandeza de vuestra misericordia. Por enorme que sea mi iniquidad, jamas llegará á igualar á vuestra bondad. Yo veo en mí un abismo de miseria; mas invoco el abismo de esta vuestra bondad. Concededme, os ruego, que sepa corresponder á ella con dignos frutos de justificacion y penitencia.

JACULATORIA.

Salvadme, ¡oh Hijo de Dios! Pues habeis dicho que no venisteis á perder las almas, sino á salvarlas.

LECCION.

Sobre la excelencia y perfeccion de la oracion dominical ó del Padre nuestro.

Es una de las pruebas del lastimoso estado en que nos dejó la culpa original, el menosprecio con que vemos las cosas mas sublimes y mas santas cuando las tratamos con frecuencia. La ignorancia, la irreflexion ó el entorpecimiento que proviene del desarreglo en las costumbres, nos tienen tan mal dispuestos ó nos indisponen de manera, que la versacion en las cosas divinas, en vez de descubrir á quien así las trata su grandeza y excelencia, se las oculta y hace que se envilezcan en su estimacion. Verdad amarga y terrible; pero verdad en efecto de que la conciencia de cada uno da un testimonio irrefragable.

Así se advierte que sucede con la oracion verdaderamente divina del Padre nuestro. A excepcion de aquellas personas realmente devotas y espirituales que no solo lo pronuncian con los labios, sino que la meditan y se encargan en cuanto son capaces de su excelencia y perfeccion, ¿quién hay que considere en ella lo que se contempla en las producciones del ingenio humano? La sabiduría, literatura y buena fe de su autor, la originalidad y solidez de sus conceptos, el método, orden y claridad de sus cláusulas, la importancia, necesidad ó utilidad de su materia ó del fin á que se endereza, fun-

dan y sostienen el crédito de una obra, y la hacen mas ó ménos estimable entre los inteligentes. El reflexionar, pues, examinar y admirar todas estas cualidades que constituyen la excelencia de la oracion del Padre nuestro, debía ser la ocupacion y formar las delicias de los cristianos todos. Séalo á lo ménos de nosotros.

Pero ¿qué podrán conocer nuestras débiles luces acerca de la sabiduría y bondad de su Autor? Es de fé, constante en el sagrado Evangelio segun San Mateo y segun San Lúcas, que el mismo Jesucristo nuestro Señor dictó esta admirable oracion para enseñar á sus discípulos y a todos nosotros á orar, previniéndonos que usáramos de ella; porque habiendo reprobado el modo de orar de los gentiles que hablaban mucho, y juzgaban que por esto serian oídos, dice el Salvador á sus discípulos: Vosotros orad de esta manera: Padre nuestro, que estás en los cielos, y continúa con las peticiones que iremos considerando; bastándonos por ahora conocer que es de fé divina, que para nuestra enseñanza la ordenó el Salvador, que nos la mandó usar, y que él mismo es su Autor; pero autor de tal sabiduría y de tal bondad, que solo él, su Padre celestial y su Santo Espíritu lo pueden comprender, porque él es, segun su Divinidad el Verbo increado, que siendo engendrado ab eterno del Padre celestial por su entendimiento, agota en su produccion toda la sabiduría de su Padre, y uniéndose hipostáticamente en el tiempo á la sacrosanta humanidad, hace que hable en ella corporalmente toda la plenitud de la Divinidad, como dice San Pablo. El de la unidad de la Divina Esencia, segun su naturaleza divina, es definido por los teólogos siguiendo á Santo Tomas, "Un Ser suma y actualmente inteligente. Pues ¿qué mayor sabiduría ó inteligencia podrá concebirse en el Autor de esta celestial oracion? ¿Podrá ignorar el que es esencialmente sabio é inteligente hasta lo infinito, lo que el hombre debe y puede pedir para cumplir con lo que debe á Dios y necesita para sí? ¿Podrá el que es Suma Bondad inducir al hombre á alguna peticion que envuelva injusticia ó error, ó defraudarle en la instruccion de lo que le conviene pedir? De ninguna manera. Convergámos, pues, en que no es necesario mas que saber, como sabemos de fé, que la oracion del Padre nuestro es obra de Jesucristo, para que la contemplemos de suma excelencia y perfeccion, no dándole se halle en ella todo lo que se encuentra en una obra maestra y original.

Nadie puede dudar que desmerecen los conceptos de una obra

cuando observamos que son producciones de un ingenio muy inferior al del autor de ella, y que el crédito de este tambien baja en el hecho mismo de manifestar las de un humilde ingenio, cuando el suyo sublime podria producirlos mejores ó presentarlos con mas elegancia y propiedad. ¿Pero cuál puede darse en la oracion del Padre Nuestro que no sea producido originalmente de la Sabiduría divina? ¿Pueden hallarse entre los de los filósofos algunos que le sean parecidos en la rigorosa significacion de las palabras y en el órden de estas? ¿Acaso podrá encontrarse alguno que lo sea en el propio y vario sentido en que Jesucristo los dictó y nosotros debemos entenderlos? Y los que hallamos en todo semejantes é iguales en las Sagradas Escrituras, ¿por quién son dictadas sino por la misma Sabiduría divina que inspiró á los profetas y á los demas escritores sagrados?

La reunion de ellos, y el método y órden en su colocacion, ¿qué nos están demostrando sino que esta divina oracion es original, nueva y ejemplar en su género? ¿Por qué? Porque no se halla otra aun en las Escrituras Santas que abraçe en tan pocas y compendiosas cláusulas todo lo que el hombre puede pedir para gloria de su Dios, y bien de su alma en lo espiritual y corporal; así que, esto mismo está manifestando que solo pudo ser obra de la Sabiduría divina, que es la que enseña al hombre sus deberes y le hace conocer sus necesidades, como que todo lo ve y sabe perfectísimamente. He aqui la razon del órden con que están colocadas las peticiones.

Esto nos hace conocer admirablemente el angélico doctor Santo Tomas, cuando al tratar de él se encarga de las objeciones que en su contra pudiera oponer la razon humana, y que él rebate y destruye completamente con esta explicacion: "Es claro, dice, que primero deseamos el fin y despues los medios que se ordenan al fin; mas nuestro fin es Dios, hácia quien se dirigen nuestros afectos de dos modos: el uno, segun que queremos la gloria de Dios; el otro, segun que queremos gozar de su gloria: de los cuales modos el primero pertenece al amor con que amamos á Dios por sí mismo; mas el segundo pertenece al amor con que nos amamos á nosotros mismos en Dios. Y por tanto la primera peticion dice: *Santificado sea tu nombre*, por la cual pedimos la gloria de Dios; mas la segunda dice: *Venga á nos tu reino*, por la cual pedimos llegar á la gloria de su reino. Mas á aquel fin nos dirigimos de dos modos el uno directo y principal, segun el mérito con que merecemos la bienaventuranza, obedeciendo á Dios y en quanto á este se pone

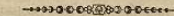
aquella peticion: *Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo:* el otro modo instrumental y como que nos ayuda para merecer, y á este pertenece lo que se dice: *El pan nuestro de cada día dánosle hoy,* sea que se entienda del pan sacramental, sea que se entienda del corporal.

Nos enderezaremos tambien á la bienaventuranza por la remocion de los obstáculos que se nos puedan oponer para su logro, y estos son tres: el primero es el pecado que directamente escluye al hombre del reino celestial, y por esto pedimos diciendo: *Perdónanos nuestros pecados:* el segundo es la tentacion que nos impide la observancia de la divina voluntad, y á esto pertenece la peticion que hacemos diciendo: *No nos dejes caer en tentacion:* el tercero son las penalidades de la vida presente como que nos disminuyen ó acortan la vida que se nos ha dado para merecer; y por esto decimos en la última peticion: *Lábranos de mal.* Todo esto se funda en que la oracion, como dice el mismo Santo, es en cierto modo un intérprete de nuestro deseo para con Dios, de donde es, que solo podamos pedir rectamente lo que lícitamente podemos desear, y esto es puntualmente lo que se contiene en la oracion del Padre nuestro, pues nos hace conocer no solo lo que podemos desear rectamente, sino aun el orden con que lo debemos desear.

¿Qué objeto, pues, de mayor importancia y de mas necesidades para el hombre que el que acabamos de advertir tiene esta divina oracion, á mas del orden admirable con que está escrita? A la verdad, que no puede ser mayor, puesto que abraza la gloria de Dios y el sumo y esencial bien de nuestra alma: ni mas necesario ni de mayor importancia para el hombre, pues le interesa tanto como su salvacion eterna. Así es en efecto; porque como hemos visto se ordena toda al logro del fin último para que hemos sido criados, que es Dios, ya pidiéndole directamente, ya pidiendo nuestra justificacion y nuestra conservacion en su gracia, sin las que sabemos de cierto que no lograremos nuestro fin.

Concluamos, pues, con San Agustin: "Que si queremos orar recta y convenientemente, usemos de esta oracion, porque ninguna otra cosa mejor podemos decir que lo que en ella se contiene. Ella se recomienda sobre cualquier otra por la sabiduría y bondad infinita de su divino Autor; por la originalidad de sus conceptos; por su método y orden; por la importancia de su objeto; por la excelencia de su fin. Ella, como una riquísima joya siendo breve y compendio-

sa, es de valor inestimable, porque encierra en sí tesoros infinitos: ella ilumina el entendimiento, mueve la voluntad y ordena y rectifica todo el interior: ella aviva la fé, alienta la esperanza é inflama la caridad: ella nos recuerda nuestra miseria y la grandeza de Dios; nuestra iniquidad y la santidad de Dios: ella nos levanta del polvo de la tierra y nos eleva hasta hacernos aspirar al reino de la gloria: ella nos perfecciona en la virtud enseñándonos á formar actos de perfecta conformidad de nuestra voluntad con la voluntad divina, y ella penetra los cielos, sube al trono del Altísimo, inclina á nosotros su clemencia y nos trae las gracias y bienes que le pedimos, siempre que de corazon la hagamos y con las disposiciones que requiere la oracion.



DIA VEINTE Y UNO.

San Mateo, apóstol y evangelista.

SAN Mateo, galileo de nacion, judío de religion, por sobrenombre Levi, fué hijo de Alfeo y tenia por oficio el de publicano, ó receptor de alcabalas é impuestos, oficio muy odioso entre los de su nacion. Tal era el empleo que ejercia cuando nuestro Divino Salvador, pasando muy cerca de su oficina, que estaba fuera de la ciudad de Cafarnaum, á orillas del mar de Tiberiades, lo llamó para que lo siguiese como su apóstol. Obedeció Mateo con tal presteza, que á nada se detuvo, y con tanta constancia, que jamas volvió á su antigua profesion; convirtiéndose, dice el Venerable Beda, "porque el que le hablaba exteriormente lo movia al mismo tiempo con la uncion interior de su gracia."

Despues de su conversion, dispuso para obsequiar á Jesucristo un gran convite en su casa, al que concurrieron invitados por Mateo, así sus compañeros en el oficio, como otras muchas personas reputadas por pecadores públicos, con el objeto sin duda de que reformarian sus malas costumbres con las conversaciones del Salvador. Mirando los escribas y fariseos que este comia acompañado de tales hombres, se escandalizaron y murmuraron de él; pero el Divino Maestro los reprendió con aquella admirable sentencia: *Los enfermos y no los sanos, son los que necesitan de medico. Id y aprended lo que quiero decir, yo quiero la misericordia y no*

el sacrificio. No he venido á llamar á penitencia á los justos sino á los pecadores. Este discurso ganó tan de todo punto el corazón de Mateo, que no volvió á apartarse del lado de Jesus, siendo por lo tanto uno de los testigos mas oculares de sus maravillas, y uno de los asistentes mas continuos á sus sermones, mereciendo ser de los escogidos en la eleccion del apostolado.

Acabada la grande obra de nuestra redencion, habiendo sido Mateo testigo de la resurreccion y ascension de su Divino Maestro, y habiendo recibido el Espiritu Santo con los demas apóstoles, predicó con ellos la fé en Judea, donde se detuvo cerca de tres años.

Antes de separarse el apostolado para predicar á las demas naciones del mundo, nuestro Santo, á ruego de los fieles, escribió la historia de Jesucristo, á la que puso por título *Evangelio*, esto es, buena y alegre nueva; é "inspirado por Dios, como dice San Agustin, nos refirió la vida humana que el Salvador hizo entre los hombres, así como San Juan parece que se dirigió á manifestarnos la divinidad del Verbo." San Mateo fué el primero de los evangelistas: escribió en la lengua hebrea, de cuyo idioma se sacaron muchas copias, y su Evangelio fué despues traducido al griego, version que nunca ha sido alterada, como por desgracia sucedió con el original, con las fábulas de los Ebionistas y Nazareos. Cuando se descubrió el cuerpo de San Bernabé en la isla de Chipre por los años de 488, se halló sobre su pecho una de las copias hebreas de este Evangelio, que el mismo San Bernabé habia escrito de su propia mano.

No se sabe con certeza á qué país fué San Mateo á predicar la fé de Jesucristo despues de su salida de Judea. Algunos son de opinion que predicó en la Persia á los Partios, á los Medos y á los de Carnania, y no falta quien diga estuvo en nuestra América; pero lo mas comun es que evangelizó en la Etiopia. Su vida fué muy penitente, pues se mantenía de raíces y yerbas, absteniéndose de toda carne y pescado. En la ciudad de Nadaber fué recibido por el eunuco de la reina Candace, bautizado por San Felipe, y allí confundió á dos famosos magos que tenian engañado al pueblo, los que haciendo venir con sus artes dos espantosos dragones, que llenaban á todos de terror para vengarse del Santo, este con la señal de la cruz los amansó como si fueran corderos, y los envió despues á sus cavernas; milagro con que formaron los habitantes de esa ciudad un alto concepto de la religion cristiana.

Pero su conversion fué completa con el nuevo milagro de la re-

sureccion que hizo Mateo en una de las hijas del rey, llamada Egri-pa, que en vano habian intentado los magos con sus falaces artes, y el Santo consiguió con solo invocar el nombre de Jesucristo. Recibieron el bautismo á vista de tal maravilla, no solamente todos los individuos de la casa real y de la corte, sino la mayor parte del pueblo; encendiéndose en los corazones tal fervor, que muy pronto se vió en el centro de una ciudad hasta entónces idólatra, abrazarse la perfeccion evangélica en un monasterio de vírgenes, á cuyo frente se hallaba Eligenia, hija primogénita del rey, que se habia movido á ser esposa del crucificado por las exhortaciones de nuestro Santo.

Pero este triunfo de la gracia en el corazón de esta princesa costó la vida á Mateo. Muerto el rey, se apoderó de la corona su hermano Hiparco, quien para asegurarse mas en el trono, resolvió casarse con su sobrina Eligenia, la que se resistió á darle la mano por mas diligencias que hizo. Irritado el usurpador con esta negativa, ordenó á nuestro apóstol que á su misma presencia la persuadiese á aquel matrimonio; pero confirmando la Mateo en sus resoluciones en vez de obedecer el mandato de Hiparco, lleno éste de indignacion se retiró á su cuarto, mandando desde allí diesen muerte al Santo.

Partieron al punto los soldados á quienes se dió la órden, y lo hallaron en el altar celebrando el santo sacrificio, y allí mismo fué consagrada á Dios aquella bendita alma, coronando á golpes de hacha su glorioso martirio. Su cuerpo se sepultó en la misma ciudad de Nabader, quedándose allí hasta el año de 1080, que fué trasladado á Salerno en el reino de Nápoles, de donde una parte principal de sus reliquias han sido llevadas á Francia, conservándose su cabeza en la catedral de Beauvais.

La Epístola es del capítulo I de Ezequiel.

La figura del semblante de los cuatro animales: tenían rostro de hombre, y todos cuatro tenían cara de león á su lado derecho; al lado izquierdo tenían todos cuatro cara de buey; y en la parte de arriba tenían todos cuatro cara de águila. Sus caras y sus alas extendianse hácia lo alto: juntábanse dos alas de cada uno, y con las otras dos cubrían sus cuerpos. Y cada uno de ellos se movía segun la direccion de su rostro: adonde lo llevaba el ímpetu del espíritu, allá iban; ni se volvian cuando andaban. Y estos animales á la vista parecían como ascuas de ardiente fuego, y como hachas encendi-

das. Vefasé discurrir por en medio de los animales un resplandor de fuego, y salir del fuego relámpagos. Y los animales iban y volvan á manera de resplandecientes relámpagos.

El Evangelio es del capítulo IX de San Mateo.

En aquel tiempo: Vió Jesus á un hombre sentado al banco, llamado Mateo, y le dijo: Sígueme; y él levantándose, le siguió. Y sucedió que estando Jesus á la mesa en la casa, vinieron muchos publicanos y gentes de mala vida que se pusieron á la mesa á comer con él y con sus discípulos. Y al verlo los fariseos decían á sus discípulos: ¿Cómo es que vuestro Maestro come con publicanos y pecadores? Mas Jesus oyéndolos, les dijo: No son los que están sanos, sino los enfermos los que necesitan de médico. Id pues á aprender lo que significa: mas estimo la misericordia que el sacrificio; porque yo no vine á llamar á los justos, sino á los pecadores.

MEDITACION.

Sobre la misericordia de Jesucristo con los pecadores.

Considera, que el hijo de Dios se compara á un pastor que deja noventa y nueve ovejas en el desierto por buscar una sola que habia perdido; y habiéndola hallado, no la maltrata, sino que la pone sobre sus hombros, ya sea porque la considera cansada del camino, ó ya por temor de que otra vez se extravíe y se pierda. El Hijo de Dios se retrató en esta parábola: él en efecto recibía á los pecadores benignamente, trataba y comía con ellos, y tenia especial gusto de verlos, hablarles, visitarlos, todo para atraerlos y sanarlos: ellos se ponian á su lado, y Jesus no se ofendía de esto. Los escribas y fariseos murmuraban de que comiese con ellos, y Jesus los defendió, diciendo: que no habia venido por los justos, sino por los pecadores; y que mas fiesta se hace en el cielo por la conversion de un pecador, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia. ¡Oh, y qué conducta tan amable! ¡Qué palabras tan dulces y consoladoras! ¡Soy pecador? Pues no tengo que temer: Jesus viene en mi busca, y me busca para convertirme.

Considera que el Hijo de Dios vino á buscar á los pecadores con tanto amor y tanta solicitud, como si no pudiera ser feliz sin recobrarlos. Así se explica Santo Tomas, y así lo vemos en la larga serie de medios que en nuestra vida nos pone delante para que reco-

bremos sin amistad. Esta solicitud se deja ver en aquella otra comparacion con que Jesucristo nos hizo conocer el empeño que tiene en salvarnos, y es la de la muger que teniendo diez dracmas de plata, y habiendo perdido una de ellas, enciende luz, barre la casa cuidadosamente y la busca con toda diligencia, y cuando la ha encontrado convida á sus vecinas para que se alegren y regocijen con ella. ¿Qué nos dice, pues, esta diligencia y qué nos anuncia este regocijo, sino que el Hijo de Dios nos ama de tal modo, que lejos de la indiferencia con que por lo comun miran los hombres á sus semejantes, él nos contempla como un pedazo de su corazon, como la lumbré misma de sus ojos, sin cuya posesion no se considera feliz. ¡Ah, que al contemplar este amor tan fino é inflamado, se descubre con todo el horror y deformidad que realmente tiene en sí misma nuestra torpísima ingratitud! Despues de una muestra de amor tan tierno y tan gratuito, aun hemos abandonado de nuevo á nuestro amoroso pastor por correr tras de los lobos carníceros. ¡Oh, y cuántas veces lo hemos hecho! ¡Oh, y cuán torpe ha sido nuestra ingratitud! ¡Cuán detestable nuestra malicia!

PETICION Y PROPÓSITOS.

Alma mia, ¿á qué aguardas? ¿En qué te detienes, que no vas luego á los brazos de tu pastor amante que te espera? ¡Ah! las cadenas que te ligan al mundo te lo están impidiendo. Mas ¿hasta cuándo has de soportar este yugo? ¿Hasta cuándo has de romper las esposas y grillos de tu esclavitud? Si no las rompes hoy, ¿cuándo las quebrantarás? Si hoy no te resuelves á abandonar esa amistad, á dejar ese juego, á resarcir ese daño causado, á corregir esa mala costumbre, ¿cuándo remediarás tan graves males? ¿Cuándo, por último, recobrarás la libertad de hijo de Dios? Hoy, hoy, Dios mio, hoy rompo mis cadenas, y me arrojo en los brazos de mi Padre! Ayúdame, Dios fuerte, con vuestro brazo poderoso para que dé este paso de que depende mi felicidad y el logro de vuestros deseos.

JACULATORIA.

Anduve errante como oveja descarriada; busca á tu siervo, ó Señor, porque no he olvidado tus mandamientos.

LECCION.

Sobre el proemio ó exordio de la oracion dominical, que son estas palabras: "Padre nuestro que estás en los cielos."

Levantamos los ojos de nuestra alma hasta los cielos, y allí encontramos á un Dios de misericordia, que parece que en cierto modo se ha olvidado de su justicia cuando se trata del bien del hombre. Con este objeto, pues, nuestro Divino Maestro Jesucristo, cuando se propone enseñarnos á orar, comienza su oracion recordándonos que el Dios de la Magestad á quien dirigimos la oracion, es nuestro Padre. Padre nuestro, dice; y sobre este título, sin que otro sea en rigor necesario para ser oídos, funda y establece la razon de pedir. Porque ¿á quién con mas razon pedirémos lo que necesitamos que á nuestro Padre? ¿Y qué nombre nos inspirará mas confianza y amor? Y tanto mas cuanto que lo contemplamos, no un título vano, sino real y efectivo, porque real y efectivamente somos hijos de Dios por la creacion; porque como el Hijo sea imagen del Padre, habiéndonos criado Dios á su imagen y semejanza, ¿quién da que en este sentido seamos sus verdaderos hijos? Así se nos declara en el Deuteronomio, donde, reprendiéndosele al pueblo israelita su mala correspondencia para con Dios, se le dice: ¿Por ventura no es el mismo Dios tu Padre que te poseyó, y te hizo, y te crió? Y así tambien vé en Isaias, en Malaquías y en otros muchos lugares del Nuevo Testamento.

Mas aun cuando no se nos declarase tan expresamente, ¿dejaríamos de advertir que Dios es nuestro Padre, luego que reconociéramos la amable providencia con que nos gobierna y cuida de nosotros? Ya le vemos vistiendo los campos de mieses y frutos: ya poblando la tierra, los mares y los aires de aves, peces y brutos: ya dando ser, crecimiento y perfeccion á la criatura racional: ya ordenando los sucesos de la vida y rigiendo los destinos del hombre: ya empleando en su custodia á sus mismos espíritus angélicos, que lo colman de bienes y lo libran de males de alma y cuerpo. ¡Ah, con cuánta razon recomienda el Señor por Isaias su paternal providencia, haciendo que la reconozcamos muy superior á la de la madre mas tierna y amorosa! ¿Por ventura, dice el Señor, puede olvidarse una niñera de su hijo pequenito, de manera que no se duela del hijo de sus entrañas? Mas si ella es capaz de este olvido, yo no soy capaz de ol-

vidarme de ti, porque te tengo escrito en mis manos. ¡Oh, cómo alienta nuestra confianza esta benignidad de nuestro Padre! Pero ¡cuánto mas se nos descubre y manifiesta si contemplamos el modo admirable con que somos hechos hijos de Dios en virtud de la redencion!

En efecto, pagada por el Salvador la deuda del hombre y borrada su culpa, se le hace de nuevo capaz de la bienaventuranza eterna, mediante un nuevo ser espiritual, propio del órden sobrenatural, en el que es reengendrado por las aguas del bautismo, sacramento que por tanto se llama y es de regeneracion, en virtud de la cual quedamos hechos hijos de adopcion. Y por esto dice el evangelista San Juan que Jesucristo nos dió potestad de ser hechos hijos de Dios, y que de Dios hemos nacido por la adoption divina.

Demás de que recibiendo, como recibimos, en el bautismo al Espíritu Santo, *el mismo*, como dice el Apóstol, *da testimonio á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios*, con aquella voz interior con que el mismo Espíritu, por ser Espíritu de hijos de adopcion, nos hace clamar á Dios llamándole Padre. En este Espíritu clamamos á nuestro Padre bajo tan dulce título, porque estamos persuadidos de que no solo nos llamamos, sino de que somos en realidad hijos de Dios, si bien, como dice Isaias, no por esto dejamos de ser lodo. Pero lo que es verdaderamente sensible es, que háyamos merecido por nuestro mal porte aquella justa reconvenccion que nos hace el Señor por Malaquías, diciendo: Si yo soy vuestro Padre, ¿á dónde está el honor que me debeis? Porque en efecto, le debemos como á nuestro Padre, no solo honor, sino amor, obediencia, imitacion, y sujecion á sus paternales castigos, y á todo le faltamos; de manera que la confesion que hacemos de su benignidad en hacernos y llamarnos sus hijos, es al mismo tiempo una tácita acusacion de nuestra ingratitud y miseria.

Mas hagamos alguna reflexion sobre la palabra *nuestro* que el Salvador nos manda unir á la de *Padre*, y únicamente por la brevedad, pondrémos aquí la que hace San Crisóstomo. "Es mas agradable á Dios, dice el Santo, aquella oracion que recomienda la caridad fraterna, que aquella que hace pronunciar la necesidad de alguna cosa; y con mas gusto oye Dios al cristiano que ruega no solo por sí, sino tambien por otros, porque el orar por sí es natural; pero es de gracia el hacerlo por otros: la necesidad obliga al hombre á orar por sí; mas hacerlo por otro es muestra de caridad fraterna. Y á la verdad que

siendo todos nosotros hijos de Dios, y por consiguiente hermanos unos de otros, no debemos singularizar nuestra oracion, porque en cierto modo faltariamos á la caridad, no solo con nuestros hermanos, pero aun con Dios mismo, pues mostrariamos desconocer ó despreciar aquella caridad que Dios empleó en nosotros, como dice San Juan al elevarnos á la dignidad de hijos suyos, la cual, por su perfeccion misma, pide no excluir á nadie de un beneficio como el que resulta de la oracion. Y esto sube tanto mas de punto en la ley de gracia, cuanto es mas perfecta en ella la caridad, y cuanto es mas íntima y estrecha la union de todos los fieles en la Iglesia y cuerpo místico de Cristo, el cual, por serlo, pide el socorro reciproco de sus miembros entre sí, del mismo modo que en el cuerpo físico humano deben auxiliarse, y de hecho se ayudan unos á otros sus miembros.¹¹ Pero Jesucristo extiende aun mas el premio ó exordio de su oracion.

Como el fin que se propone en ella es alentar nuestra confianza, elevar nuestro ánimo y despertar en nosotros el deseo de pedir los bienes del espíritu en que tan resfriados nos hallamos, despues de la invocacion á nuestro Padre, añade: *que estás en los cielos*, con lo cual sabemos bien que no quiere dar á entender que solo esté en los cielos, pues por su inmensidad está en todo lugar por esencia, presencia y potencia, y no hay límites ó términos ningunos en que esté contenido; sino porque en la obra de los cielos resplandece mas el poder y magestad de Dios, como que los cielos son nobilísima parte del mundo, que se aventajan á los demas cuerpos en firmeza, magnitud y hermosura, así como decimos de nuestra alma que está en modo mas singular en el cerebro y en el corazon, aunque separamos, como sabemos de cierto, que está toda en cualquiera parte animada de nuestro cuerpo, porque en el cerebro está como principio de inteligencia, y en el corazon como principio de vida.

Si pues contemplamos á nuestro Padre en los cielos, se logrará el intento del Salvador, porque considerando que en ellos está no solo como autor del órden natural en el etéreo, sino tambien como autor del órden sobrenatural en el empirio, no nos contentaremos con pedirle los bienes naturales que nos convengan, sino que le pediremos con mucho mayor empeño los bienes sobrenaturales; al conocer que á un monarca tan poderoso, tan liberal y magnífico, que es al mismo tiempo nuestro Padre, y Padre amorosísimo, le haria agravio quien sabiendo la voluntad que tiene de enriquecernos con

stis bienes inestimables, no se los pidiese, pues mostraria con esto, que ó no los estimaba, ó no lo creía tan liberal y franco que quisiese concedérselos. En consonancia de esto, y para borrar en nosotros ideas tan mezquinas como las que acabamos de indicar, nos enseña el Apóstol á concebirlas tan vastas y magníficas, como corresponde á los hijos adoptivos de un tan gran Padre y hermanos de Jesucristo, cuando nos exhorta diciendo: "Si resucitásteis con Cristo, buscad los bienes que están en lo alto, donde está Cristo, sentado á la diestra de Dios."

DIA VEINTE Y DOS.

San Mauricio y sus compañeros, mártires.

En Tébas ó en la Tebaida, parte del Egipto Superior, se habia formado una division de tropa, á que se le daba el nombre de legion y se componia de mas de mil seiscientos soldados valerosos que defendian el Oriente. Mauricio era el primer gefe de ellos, Exuperio el mayor, y Cándido llevaba el nombre de senador de la legion. Algunos creen que cuando estas fuerzas se levantaron era gentil Mauricio, y que una vez que llegó á Jerusalem para hacer cuarteles de invierno, lo convirtió Zambdal, obispo de aquella ciudad, y recibió el bautismo él y toda su tropa de mano de este prelado.

En el año de 286 y cuando el emperador Diocleciano llevaba dos de ocupar el trono de Roma, quiso contener los progresos de la sedicion que entre los gaulas habian levantado sus cabeillas Amado y Eliano; y para lograr su intento, se asoció en el imperio con Maximiano, que tomó el sobrenombre de Herético, aludiendo al dios Hércules, y este se encargó de la custodia del Oriente. La expedicion contra los gaulas era peligrosa, y la tomó sobre sí el mismo Maximiano; pero para no exponer el éxito de ella quiso unirse con la legion Tebaica, que era la tropa mas valiente que tenia el imperio romano. Con este intento mandó Diocleciano á Mauricio que pasara con sus soldados á Italia, y allí se reuniera con Maximiano para que lo auxiliase en el combate. Obedeció Mauricio esta órden imperial, porque por lo mismo que era cristiano era muy subordinado, y se aproximó á Roma con toda su legion. Luego que llegó

á esta ciudad fué á visitar al papa San Marcelino, y le descubrió que era cristiano él y toda su tropa, y que estaba dispuesto á derramar su sangre por defender la religion de Jesucristo; el amable pastor lo confirmó en su resolucion, lo animó y le quitó todos los temores que tenia. Muy pronto tuvieron que salir de Roma á unirse con Maximiano que ya estaba en marcha contra los gaulas, y habiéndose incorporado con el ejército, pasó en su compañía los Alpes, haciendo mansion la tropa para descansar por algunos dias en Octoduro, ciudad situada sobre el Rhona, hácia el extremo del lago de Ginebra en el Valais, lugar que ahora se llama Martigni.

Para conseguir el triunfo, ordenó Maximiano que todos sus soldados hiciesen sacrificios á los dioses impetrando la victoria, y entónces Mauricio con su legion se apartó del campo para situarse en un lugar distante tres leguas de Octoduro cerca de Agannum, que ahora tiene el nombre de San Mauricio. Inmediatamente tuvo noticia Maximiano de este suceso y mandó á Mauricio que se le reuniera; pero viendo su resistencia ordenó que se le diezmará su legion y fueran decapitados los que salieran en suerte; estas fueron las primeras víctimas sacrificadas al furor de Maximiano por la religion católica; y aunque pudieron muy bien haber resistido la ejecucion de este sangriento decreto porque las tropas eran muy valientes y no muy despreciable su número, solamente se propuso Mauricio animar y fortalecer á los que tenian que morir. Esta primera carnicería no acabó á los demás cristianos y ántes bien les dió nuevas fuerzas para resistir la segunda orden de Maximiano, que volvió á diezmar la tropa y á quitar la vida á los que salieron en suerte. En aquel campo de cristianos no se oía una queja ni un dieterio, sino que por todas partes resonaban los ecos de alegría, y los cánticos de alabanza al Todopoderoso: unos á otros se disputaban el puesto para ser sacrificados, y esforzaban la voz, gritando que mejor querian perecer que sacrificar á los falsos dioses. Por tercera vez mandó Maximiano otra orden para que obedecieran, amenazándolos con su destruccion total en caso de resistencia, y ellos contestaron con una representacion sumisa, en que hacian ver que eran cristianos, y que estaban sujetos á la religion católica: que aunque la ley los obligaba á obedecer, su religion se los impedía. Le protestaron que estaban dispuestos á batirse con cualquier enemigo del imperio romano; pero no á sacrificar á los dioses, porque su juramento los obligaba á seguirla, en lo que tenian la mayor diela y cifra-

da toda su ventura. Declararon que confesaban á Dios Padre, autor de todas las cosas, y á su Hijo Jesucristo, y que habian presenciado el sacrificio de sus compañeros sin derramar una lágrima. Estas ú otras palabras semejantes le dijeron á Maximiano para aplacar su enojo; pero este tirano estaba ciego de furor, y mandó á todo su ejército que degollasen á los soldados de Mauricio. Este y sus principales oficiales fueron los primeros que se presentaron al combate, y los que se anticiparon á recibir la corona del martirio. Mauricio ántes de morir los exhortó á la mansedumbre como verdaderos cristianos, y no opusieron ninguna resistencia, sino que fueron destrozados como mansos corderos. El espectáculo mas horroroso se presentaba á la vista. Todo el campo manchado con la sangre inocente de tanta víctima: por todas partes no se veian mas que cadáveres ú hombres moribundos que aun no espiraban, porque no les habian acertado bien el golpe. En este estado de confusion se presentó un soldado llamado Victor, que era cristiano, aunque no pertenecía á la legion Tebaica, y viendo aquella carnicería se llenó de entusiasmo, confesó públicamente su religion y fué decapitado. Esto se verificó el 22 de Setiembre del año de 286.

En el mismo lugar del combate fueron sepultados todos los cuerpos de los mártires, y allí permanecieron hasta el tiempo del imperio de Graciano y Teodosio, que fueron descubiertos por San Teodoro obispo de Octoduro. Entónces se repartieron las reliquias á varias Iglesias de la Italia. La catedral de Viena en el Delfinado fué dedicada á San Mauricio, porque se dice que habiendo sido arrojada la cabeza de este Santo al rio Ródano, llegó á aquella metrópoli, donde la encontraron y conservan con mucha veneracion. Almadeo VIII, duque de Saboya, fundó en este lugar la Orden de San Mauricio, cuyos caballeros llevan una cruz blanca donde va pintada la planta llamada trébol. Despues Carlos Emmanuel reunió esta Orden á la antigua de San Lázaro, y viendo posteriormente que en la primera se habia entibiado el fervor, solicitó Emmanuel Filiberto, que era duque de Saboya, y muy devoto del Santo, que se estableciera por una bula de Gregorio XIII, cuya solicitud fué despachada en el año 1572, y confirmada por Clemente VIII en el de 1603.

La Epistola es del capítulo VII del Apocalipsis de S. Juan (pág. 602).

En aquellos dias: Hablame uno de los ancianos &c.

El Evangelio es del capítulo XXI de San Lucas (pág. 121).

En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: Cuando sintierais rumor de guerra &c.

MEDITACION.

Sobre la humildad cristiana.

Considera que la humildad cristiana es digna de todo nuestro aprecio y solicitud aun considerada solo por los efectos que produce en nuestra alma. Uno de los mas esenciales, y podemos decir, el primero y mas fundamental, es someternos á Dios, sujetándole nuestro entendimiento y nuestra voluntad: nuestro entendimiento, creyendo lo que nos ha revelado; nuestra voluntad, ejecutando lo que nos manda: nuestro entendimiento, creyendo lo que no comprendemos; nuestra voluntad, haciendo lo que no es de nuestro gusto y genio: nuestro entendimiento, rindiendo el homenaje á la fé; nuestra voluntad, obedeciendo á la ley. La primera obligacion de la justicia, dice Santo Tomas, es someter el alma y el entendimiento á Dios. Pues si á esto estoy obligado, ¿por qué no quiero creer lo que no comprendo? Porque mi soberbia resiste. Luego para creer necesito vencer esta soberbia con la humildad, atendiendo á que se me dice por el Espíritu Santo: "Vive sumiso á Dios: humíllate bajo su poderosa mano."

Considera que no sería nuestra humildad perfecta, si sometiéndonos á Dios nos prefiriésemos á los hombres. La verdadera humildad resiste esto, pues tiene por efecto el no preferirse á nadie. El apóstol nos manda, que prevengamos á los otros en el respeto considerándolos como á nuestros superiores. No es una grande cosa que el hombre se someta al que le es superior; pero será humilde si se somete tambien á sus inferiores. ¿Qué motivo tienes para ensoberbecerte? ¿Hay otro hombre mas débil, mas malvado y mas pérfido que tú? Estudia esta bella leccion de San Bernardo: "No hay peligro en que te bajes y te estimes en ménos de lo que eres efectivamente; pero es un grande mal, y hay mucho riesgo en que te estimes en mas, ó te prefieras en tu corazon al que te sea superior ó igual. ¡Oh hombre, guárdate de preferirte, ni á tus superiores, ni á tus iguales, ni á tus inferiores! ¿Qué sabes si el que ahora desprecias será un dia mejor que tú? ¿Qué sabes si ya lo es aho-

ra? El Hijo de Dios no nos manda que en el convite tomemos el lugar de en medio ó el penúltimo de la mesa, sino el último de todos." ¿Tienes estos mismos sentimientos? ¡Lo practicas así?

PETICION Y PROPÓSITOS.

Este debe ser nuestro estado habitual y permanente: vivir sometidos á Dios en todo, y no estimarnos en mas de lo que somos. De nosotros mismos somos la nada: lo que somos, lo somos de Dios. Si valemos algo delante de Dios, lo ignoramos: lo que sí sabemos es que no debemos valer delante de los hombres mas de lo que valemos delante de Dios. Ante su Magestad somos como si no fuésemos, y este es el único concepto acertado que podemos formar de nosotros. Tal, pues, debe ser nuestro sentir: para que este sea fijo y lo abracemos de corazon, pidámosle al Señor que nos auxilie con su divina gracia.

JACULATORIA.

Bueno es ¡oh Señor! el que sea yo humillado, para que aprenda á cumplir tus mandamientos.

LECCION.

Sobre la primera peticion del "Padre nuestro, que es: Santificado sea el tu nombre."

Aunque no supiéramos de fé que la oracion del Padre nuestro es obra de la Sabiduria increada, lo conoceríamos sin duda al ver encerradas en brevisimos conceptos las inmensas riquezas de la sabiduria y ciencia de Dios, y perfeccion propia de sus obras. Uno y otro es de observar en la primera peticion, que es esta: *Santificado sea tu nombre*, admirando ántes su colocacion al principio de todas las demas, cuando parece que debia estar al último, porque siendo Dios nuestro fin, y refiriéndose esta peticion únicamente á la gloria de Dios, como nota Santo Tomas, en virtud del amor puro con que lo amamos, sin interes nuestro, correspondia, á nuestro entender, que fuese colocada despues de las demas por referirse todas á ella, aunque sean en nuestro provecho, como que por ellas esperamos ser hechos capaces de gozar de Dios, y en ello y por ello glorificarle. Empero nuestro sapientísimo Maestro, con mas alto consejo lo ordenó de otra manera, porque por lo mismo que es nuestro fin glori-

ficar el nombre de Dios, debe ser el principio de nuestra operacion intelectual, para que conocida préviamente ordenemos á él nuestros deseos, nuestros afanes, nuestras peticiones, á la manera que un pintor ántes de comenzar su obra la concibe en la mente, tira sus líneas, arregla sus dimensiones, forma su dibujo con el fin de que cuanto despues ejecutare se ordene y proporcione al objeto que se propuso, y á que da lleno con su obra. Pero vengamos ya á la peticion misma.

En ella pedimos que sea santificado el nombre de Dios, y desde luego salta á la vista un objeto y una reflexion con que parece á nuestra soberbia que podrá enmendarle la plana á Jesucristo. La primera es esta: ¿Si el nombre de Dios siempre es santo, como dice San Lúcas refiriendo el canto de la Magnificat, en que la Madre de Dios, alumbrada de la divina Sabiduría, dice *Santo es su nombre*, cómo se pide aquí sea santificado? Pero véamosla contestada por Santo Tomas, refiriéndose á San Agustin: "Cuando decimos (son sus palabras) santificado sea tu nombre, no se pide esto como si no fuese santo el nombre de Dios, sino que sea tenido por los hombres como santo, y pertenezca á propagar la gloria de Dios entre los hombres." Con cuya explicacion queda deshecha la duda: veamos la otra reflexion.

Parecia mas propio y conveniente que pidiésemos á Dios que santificase él mismo su nombre, porque solo él puede hacerlo condignamente: mas á esto se contesta con brevedad, que no se excluye de esta peticion la santificacion que el mismo Dios puede dar á su nombre; pero se pone en abstracto, porque si bien Dios quiere santificar por sí mismo su nombre, quiere tambien sea santificado por nosotros; de donde es que comprende así á Dios como á nosotros, pues nosotros sin él no podemos glorificarle en nada, y Dios sin nosotros no quiere nada de nosotros, dice un célebre escritor.

Pero á lo ménos parecia mas propio de hijos amantes que dijéramos á nuestro Padre: "Santifíque yo, é santifiquemos tu nombre." ¡Ah, cuánto nos engañamos! Porque siendo honroso pedir en estos términos, podia ser que en ello buscáramos nuestra gloria, y no única y puramente la de Dios, que es el intento de Jesucristo en esta peticion, como lo advierte el Doctor Angélico. Por último, parecia dar mas lleno y perfeccion á esta peticion si dijésemos: "Santificado seas, Señor," porque mas bien debiamos desear la gloria para él mismo que para su nombre. Sea así en hora buena, pero á pesar de eso

lo dijo mejor Jesucristo, porque bien se puede dar el deseo de que uno sea honrado en su persona sin cuidarse de que lo sea en el nombre ó fama que tenga entre los hombres; mas el que extiende su amor hasta desear que su nombre sea honrado, en vez de excluir á la persona, muestra amarle y desearle su gloria con todo el lleno y perfeccion debida. Admirémos la sabiduría del Señor, veneremos sus preceptos, y obedezcámoslos sin réplica.

Restáanos advertir ¿cuál es este nombre de Dios que pedimos sea santificado? No podemos responder sino lo que el mismo Dios por medio del ángel que lo representaba respondió á Moises cuando le preguntó: ¿Cuál era su nombre? Yo soy el que soy. Así dirás á los hijos de Israel: El Que es me envía á vosotros. Como si le dijera: Tú y tus hermanos los israelitas, como que sois viadores no me conocéis ni podeis conocerme en mi esencia, y por consiguiente no podeis saber mi nombre. Solo sois capaces de saber, y sabeis en efecto que soy, que existo, y así este es para vosotros mi nombre: *El que es*: Yo soy el que soy. Esto se colige de la doctrina de Santo Tomas donde dice: "*El que es*, significa ser indeterminadamente, esto es, un Ser indeterminado, pero no qué cosa sea este Ser. Y porque en el estado de viadores solo conocemos de Dios, que es, mas no qué cosa es ó cómo es, y no podemos darle nombre sino por lo que conocemos; por tanto, propiciamente lo nombramos *El que es*. Dice tambien el Santo aquí mismo: "Que solo conocemos á Dios por negaciones; quiere decir, que Dios no es como las cosas que conocemos, sino un Ser sobre todo ser, infinitamente superior en su esencia, atributos y perfecciones á cuanto conocemos y á nuestra inteligencia misma. Conforme á lo cual dice Isaías: Acordaos que el nombre del Señor es excelso, esto es, superior á todo lo que conocemos. Y esta es la razon porque el ángel que representaba al Señor, y á quien preguntó Jacob su nombre, lo ocultó misteriosamente, respondiendo solo: *Por qué investigas mi nombre?* como si le dijera: Eres viador, no lo puedes saber: no investigues las cosas que son superiores á tu inteligencia."

Así es que, por ninguna criatura posible puede imponerse nombre á Dios que lo signifique comprensiva y adecuadamente: mas por los ángeles y bienaventurados se le puede imponer alguno que lo signifique en cierta estimacion, segun lo que de Dios conocen; mas no adecuada y comprensivamente, porque solo Dios es capaz de comprenderse á sí mismo. Mucho ménos podemos los viadores im-

ponérselo adecuado y comprensivo, ni aun como los ángeles y bienaventurados que lo están mirando. Podemos, sin embargo, imponerle varios nombres que de algún modo signifiquen sus diversas perfecciones; pero siempre con mucha imperfección, porque ni de Dios mismo, ni de sus atributos y perfecciones podemos formar mas ideas que las imperfectísimas que concebimos por el conocimiento de las cosas criadas, como dice el Apóstol: *Las cosas invisibles de Dios, es decir, sus divinas perfecciones, sabiduría, bondad, justicia, &c., se conocen ó entienden en alguna manera por sus obras.* Como siendo, pues, las perfecciones de las criaturas formamos el mayor y mas sublime concepto de la grandeza, hermosura, fortaleza, serenidad, firmeza, &c.; y por ideas mas abstractas de la inteligencia, sabiduría, bondad, justicia, clemencia, poder, magestad &c.; y este concepto lo atribuimos á Dios conociendo que es infinitamente inferior á él intensiva y extensivamente en cualidad y modo, y de todas maneras. Sin embargo, no es un concepto vano ó falso, sino real y verdadero en cuanto alcanzamos á comprender de Dios, y segun este concepto es el nombre con que lo queremos significar ó dar á entender en esencia, naturaleza, atributos y perfecciones. Así es que lo llamamos el Eterno, el Infinito, el Immutable, el Altísimo, el Omnipotente, el Santísimo, Dios de virtud y fortaleza, Dios de grandeza y magestad, y así de otras maneras. Pero el mas propio, no segun lo que conocemos que de este ya está dicho, sino segun que se refiere á su naturaleza, es el de *Dios* que sencillamente significa: *Naturaleza divina*; y como esta consista en su inteligencia suma y actualísima, nos lo da á conocer como un Ser sumo y actualísimamente inteligente. ¡Oh Ser incomprendible! ¡Cuán digno eres de toda alabanza! ¡Cuán admirable es tu nombre en toda la tierra, y con cuánta razon quiso aquel que es tu imagen visible, que te dirigiésemos á cada instante esta justa y santa peticion: Santificado sea el tu nombre!

Pero esta peticion será en nosotros irrita y de ofensa para Dios si el nombre que alabamos con las palabras, lo deshonramos con las obras: si sentimos y procedemos de modo que se nos pueda aplicar lo que dice David en el salmo 61: *Bendecian con su boca, y maldecian con su corazon*; y lo que dijo el mismo Jesucristo á los fariseos: *Hipercritas, bien profetiza de vosotros Isaias diciendo: Este pueblo me honra con los labios; pero su corazon está muy lejos de mí.* Porque á la verdad, ¿qué honra y gloria puede resultar de lo

material de las palabras á aquel Dios que penetra los corazones, cuando ve que estas las contradicen, y las obras las niegan, como dice el Apóstol por estas palabras: *Confiesan que conocen á Dios: mas con sus hechos lo niegan.*

Lo que aun con mas propiedad ó mas al caso se nos da á conocer en lo que mandó Dios á San Juan escribiese al obispo de Filadelfia: *Sé tus obras: Y he aquí que te he abierto una puerta que nadie puede cerrar; porque tienes virtud, aunque poca, guardaste mis mandamientos, y no negaste mi nombre.* Esta puerta se le abre, entienden los sgrados expositores, para predicar el Eyangelio, lo que es propiamente santificar el nombre de Dios propagándolo entre los hombres, como dice Santo Tomás. Para esto se le da mision por Dios mismo, porque no ha negado su nombre, y la prueba de esto es que ha observado sus preceptos con las obras que se le aprueban. Luego para que Dios dé por bien desempeñada esta obligacion desantificar su nombre y autorice para ello, es necesario no negarlo con las obras. Entiendan esto los cristianos, y especialmente aquellos que pueden mas á la letra y en mas propio y natural sentido aplicarse este lugar de la Escritura Santa. Acabemos de convencenos de que no santificaremos de veras el nombre del Señor, miéntras no correspondan nuestras virtudes y buenas obras á los nombres de Dios, supuesto que estos denotan sus excelencias y perfecciones. Si, pues, lo llamamos misericordioso, justo y santo, seamos misericordiosos, justos y santos, que así lo quiere su Magestad; *Santos debéis ser*, nos dice, *porque yo soy santo.* Y Jesucristo nos ordena que seamos perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto. De este modo cumpliremos lo que nos exige el Apóstol, diciendo: *Hermanos, sed imitadores de Dios*, y de este modo santifiquémos á su Magestad y su santo nombre de manera, que se verifique lo que dice el mismo Dios por estas palabras: *¡Seré santificado en ellos.*